

—Todo es verdad. Brusco y duro siempre lo fuíste y por eso yo te amo y vengo a ti. El que otros,—según tú—con más cualidades vengan a mí, yo no puedo evitarlo. Pero espero te hayas dado cuenta que se van nuevamente...

—No se marchan, antes al contrario se quedan, y día vendrá en que tú te darás cuenta, prefieres las costas más apacibles o las cálidas playas tropicales, y entonces me abandonarás...

—No podría hacerlo. Yo no soy la inmensidad del mar. El mar, como creación es total y se halla esparcido por todo el mundo. Pero como en el mundo de los humanos, hay seres individuales que escogen su propio camino. Yo no soy el mar, tan solo una parte pequeñísima de este mar que te escogí a ti para acariciarte continuamente. Me gustan los contrastes y ello puede explicar en parte mi predilección...

—Tú sabes mi historia. Estaba en las tinieblas. Pero un día sentí la dulzura incomparable de tus caricias. Desde entonces te amo. Quisiera tener movimiento, para acercarme más a ti, hasta quedar absorbido por tu espuma en fusión total. Pero estoy privado de movimiento.

—Y yo también quisiera llegar más a ti, pero mi fuerza normal solo me permite este suave contacto.

—Pero tú tienes movimiento y a veces me abandonas...

—Pero vuelvo. Por lo supeditada que estoy a la Creación, arrastrada por mis propias hermanas—esta inmensidad de gotas que componen el mar—, me aparto algunas veces de ti, pero sin olvidarte.

—Vuelves y me explicas de cosas y mundos que yo no puedo darte.

—Ni yo pretendo. Comprendo ahora te disgusta ello. Te lo contaba para alegrarte. Detalle por detalle de cuantos momentos he pasado lejos de ti. De lo visto y vivido que aunque agradable bajo un punto de vista muy diferente al del verdadero amor, no han logrado en ningún momento hacer que de ti me olvidará.

—Por la nostalgia, en algunos momentos eso me parece una pequeña traición.

—¿Como puedes pensar eso? Si fuera traición, podría vivirlo igual sin contártelo luego.

—Si. Reconozco ahora que tienes razón. Pero cuando estoy solo siempre temo perderte.

—No debes temer. La fé en mí ha de perdurar. Es ella que ha de salvar en todo momento la esencia de nuestro sentir.

—Para mí la fé eres tú.

—Y tú mi esperanza.

—Pero tú cambias a menudo. Vienes un día apacible, serena, para después transformarte en áspera y exaltada.

—Pero eso sólo en materia. En espíritu llevo y siento siempre igual. La materia nos traiciona siempre a nosotros mismos, la materia tiene su influencia en el exterior y contra ella en ciertos momentos no podemos luchar quienes como yo nos debemos a los elementos.

—Yo te espero siempre igual.

—Te lo figuras. Pero también cambias.

—No obstante siempre te amo.

—Pero demuestras ese amor en formas diversas

—Es que el temor siempre está en mí.

—Es que te has encerrado en ti mismo.

—Del exterior, pocas por no decir ninguna cosa buena me ha llegado,

—Pero al exponer ese criterio—exagerado por cierto—no puedes incluirme a mí...

—No estás incluida en él. Y por eso temo. Solo a ti tengo...

—Y te parece poco...

—Suficiente porque solo a ti deseo. Por eso temo.

—Pues que desaparezca ese temor. Nunca te abandonaré, y si por circunstancias me veo obligada a ello momentáneamente, nada te contaré de cuanto vea u oiga en mi ausencia.

—No quiero esclavizarte. Vete siempre que sea necesario y como ahora cuéntame cuanto vieras. Me dá nueva vida y nueva ilusión. Y perdóname si alguna vez te interrumpo con algún comentario que pueda parecerte duro.

—Es que hieres.

—Es que soy roca.

—Y yo frágil agua.

—Por eso te quiero.

—Y yo a tí aunque me causes dolor.

Y continuaron con pronombres personales. El mar se calmaba haciendo más suave su diálogo mientras la roca parecía cual si se entremeciera al suave beso de su amada.

Se entremeció Manuel acercándose con su involuntario movimiento hacia al mar, una de cuyas gotas, despedido en su choque con la roca, fué a posarse en su mejilla. Era cual lágrima de la mar, de la enamorada de la roca, que fuera a posarse en el rostro de Manuel para recordarle otra lágrima de su amada que un día, llena de felicidad y de temores, le contara sus cuitas cual mar y roca acababan de hacerlo.

Lentamente, con la mano en la húmeda mejilla, se levantó Manuel, preguntándose si aquella gota de agua era una lágrima propia o del mar.

Lo que nunca sabría, era que allá lejos, contemplando la luna que ya había aparecido, junto al mar, Ana lloraba una cobardía y un despecho para consigo misma, que le indujera al menosprecio de unos sentimientos en aras de una materialización que ahora la tenía presa en jaula de oro, pero sin derecho a ilusiones y fantasías que constituyeran su esperanza de antaño.

Y el mar, recogió aquella lágrima y fué a posarla en la mejilla de Manuel que en su regreso contemplaba la luna, más estática que nunca, cual si se diera cuenta que en el mismo instante convirgieran a la vez en ella dos miradas, la de Ana y Manuel, con el mismo eterno interrogante sobre el sentir del amor.

Quien no pudo y quien no supo...

Gil Bonancia